

## LA PREDICCIÓN.

Por la celeste altura  
Pasaba el sol volando, y en la tierra  
Una vasta llanura,  
Que en el lejano cielo se perdía,  
Al rojo fuego de su lumbre ardía.  
Arriba un mar azul, mostrando llenas  
Con espumas de nubes y de llamas  
Sus hondas cavidades,  
Y abajo un mar de arenas,  
Coronado de inmensas soledades.

Erguida y altanera,  
Y en los llanos estériles clavada,  
Se alzaba una palmera,  
De su sombra no más acompañada,

Como un jiron abierto  
Sobre el árido manto del desierto.

Con el semblante de dolor sombrío  
Y desmayado paso,  
Con un odre vacío  
Pendiente de la espalda,  
Rasgados en pedazos  
Los anchos pliegues de la blanca falda,  
Con un niño dormido entre sus brazos,  
Cansada y sudorosa,  
Al pié del rudo tronco  
Una mujer llegó, jóven y hermosa.

Sentóse y suspiró, y en sus rodillas  
Posó del hijo la infantil cabeza,  
Y por guardarla más de los destellos  
Del lumínar ardiente,  
Las trenzas extendió de sus cabellos,  
Con tierno afán, sobre la pura frente;  
Y decayó su espíritu abatido,  
Y sus ojos lanzaron con tristeza  
Una mirada al cielo,  
Y un torrente de lágrimas al suelo.

«¡Ay! (exclamó por fin): ¿qué es lo que espero,  
Humanidad, de tí? Mujer y esclava,  
Mi poder á tu lado es pasajero,  
Porque nace y acaba  
En el lecho de amor de mis señores.  
Ayer lo perfumaba con mi aliento,  
Y hoy gimo, devorando mi tormento,  
En un lecho de infamia y de dolores.  
Mas oye, humanidad: contigo el mundo  
Yo siempre cruzaré, y á mi albedrío  
Rompiendo tu poder, te impondré el mio.  
Al choque de mis besos  
Quebrantaré los cetros de tus reyes:  
Seré reina tal vez, seré verdugo,  
Y con mi dulce yugo,  
Al darte amores, te daré mis leyes.  
Y de este niño débil y sereno,  
Que descansa en mi seno,  
Altivas razas brotarán acaso,  
Que, opuestas sin cesar á tu destino,  
En contienda incesante,  
Ochenta siglos detendrán tu paso.»

No dijo más Agar, y su camino

Continuó jadeante,  
Abrazando otra vez con nudo estrecho  
Al dormido *Ismael* contra su pecho.

Mas los siglos futuros,  
Que perderse á lo léjos los miraron,  
La prediccion funesta recogieron,  
Y en los senos del tiempo la guardaron,  
Y despues sobre el mundo la cumplieron.

## LA PRIMAVERA.

La nieve de los montes se consume...  
Su verde manto ciñe la pradera,  
Nace entre aromas y gentil perfume  
La dulce y sonrosada primavera.

Mécela en tanto el céfiro, perdido  
De gayas flores en graciosa cuna;  
La brisa lleva su fugaz gemido,  
Vela su sueño la modesta luna.

Brinda el árbol su sombra y su aliciente  
Al manso arroyo, que le presta vida;  
Tiernas flores esmaltan la corriente,  
Que las besa, las deja y las olvida.

Pomposos ramos, esparciendo sombra,  
 Al campo visten protector follaje,  
 Galas al césped, y á sus piés alfombra,  
 De vistoso color rico plumaje;

Y el prado, espejo del celeste velo,  
 De flores orna su corona bella;  
 Se tiende inmenso, reflejando el cielo,  
 Y le ofrece una flor por cada estrella.

### Á LA VÍRGEN.

Quien oyó tu dulzura,  
 ¿Qué no tendrá por sordo y desventura?  
 (Fray Luis de Leon.)

De este valle sombrío,  
 Que riega de los míseros el llanto,  
 Aparto el pecho mio,  
 Y hácia tu trono santo  
 Mi débil voz y mi oracion levanto

A tí, cuyos fulgores  
 Rompen la sombra y la tiniebla oscura  
 Del seno de dolores  
 Do la humana criatura  
 Gime, envuelta en horror y desventura.

A tí, mística rosa,  
 Que el sentimiento marchitó en el suelo,  
 Y tornaron preciosa  
 Las aguas del consuelo,  
 Que fecundan los ámbitos del cielo.

A tí, que eres, Señora,  
 Símbolo misterioso y escondido  
 De cuanto el hombre adora,  
 Postrado y confundido,  
 Y de los fuegos de la fe vestido.

Flor de aroma sagrado,  
 Que al mundo esparce su fragancia amena,  
 Y al pecho da cuitado  
 La paz dulce y serena,  
 Y al alma baña y engrandece y llena.

Manantial de ventura,  
 Do el hombre bebe con ansioso anhelo;  
 Paz y vida y dulzura  
 Del infelice suelo;  
 Ebúrnea torre, que corona el cielo.

Estrella matutina,  
 Que nace siempre eterna y siempre nueva;  
 Antorcha peregrina,  
 Que á los hijos de Eva  
 A manso puerto con su lumbre lleva.

Entre velos de oro  
 El cielo te alza un templo, y te proclama  
 Su Reina y su tesoro,  
 Pura y creadora llama  
 Del santo amor que nuestro amor inflama.

En tu regazo tierno  
 Al Salvador del mundo omnipotente  
 Depositó el Eterno,  
 Y su diestra fulgente  
 De luz y lauro coronó tu frente.

Y al pié del Crucifijo,  
 Ornó tu sien de enrojecidas flores  
 La sangre de tu Hijo;  
 Y tú, Madre de amores,  
 Las bañaste en el mar de tus dolores.

Los mundos te cantaron  
 Madre de amor y paz, Reina elegida;  
 Los cielos te guardaron  
 Diadema esclarecida,  
 Con almas de los ángeles tejida.

Yo separo mis ojos  
 De esta vida fugaz y transitoria,  
 Y postrado de hinojos,  
 Aclamo tu victoria,  
 Cegado por los rayos de tu gloria.

Con el vago deseo  
 Del triste corazón que á amar empieza,  
 Por do quiera te veo,  
 Radiante de pureza,  
 Sembrar por los espacios tu belleza.

Te miro en el Oriente  
 Trayendo al sol, y caminar te siento  
 Tranquila y dulcemente  
 Por las ondas del viento  
 En la bóveda azul del firmamento.

Te miro tras la nube  
 Rosada, que á lo léjos se desvía,  
 Y por los aires sube;  
 Te miro dar al día  
 Su ardiente resplandor y su alegría.

Te siento en la serena  
 Noche, que con la luna te levantas,  
 Y de fulgores llena,  
 Rasgando te adelantas  
 Pabellones de estrellas á tus plantas.

Y, anhelante, te estrecho  
 De mi mente en los senos recogida;  
 Te adivino en mi pecho,  
 En mi alma dolorida,  
 En mi triste destino y en mi vida.

Así dulce me atiendas  
 Cuando mi acento en su fervor te aclame,  
 Y benigna descieras,  
 Y tu mano derrame  
 Consuelo en mi dolor cuando te llame.

Así, luz de belleza,  
 Me conceda tu gracia protectora,  
 Para cantar tu alteza,  
 Un destello, Señora,  
 Del áureo rayo que tu lumbre dora.

Así propicia y tierna  
 Nos des amparo y tu piadosa guía,  
 Y hasta la vida eterna  
 Sea tu nombre, María,  
 La santa enseña de la patria mía.

## GÉNESIS.

Era la nada : entre sus vagas olas  
 De la creacion el gérmen fermentaba,  
 Y el sér de Dios sobre su faz vagaba,  
 Meciéndose en informes aureolas.  
 Era una voluntad omnipotente,  
 Un espíritu puro, que latía  
 Sobre la misma nada, y que vivía  
 Creciendo eternamente  
 Y más allá : una esencia  
 En los arcanos de su sér perdida,  
 Y en su propia grandeza confundida,  
 Que prolongaba siempre su existencia,  
 Creaciones tras creaciones hacinando,  
 Y nunca al linde de su sér tocando.

Era un presente misterioso, inerte,  
 Flotante en el aliento,  
 Pesado y soñoliento,  
 De un pasado sin fin, teñido en muerte;  
 Y envuelto en el presente y el pasado,  
 Era también quizá lo venidero,  
 En medio de la nada aprisionado,  
 Y muerto sin nacer; y era el primero  
 Crepúsculo del caos mudo y frío,  
 Era la eternidad, lo inmenso era,  
 Espacios tras espacios, y el vacío,  
 Y espacios más allá: Dios por do quiera.

En el primer instante,  
 El caos, sombra augusta, vacilante,  
 Que el Hacedor Supremo proyectaba  
 Allí en la inmensidad, aparecía,  
 Rebosando en sí mismo alborotado,  
 Y ciego y bramador se revolvía,  
 Oscilando y rugiendo,  
 Y sus cóncavos senos retorciendo.  
 Mas Dios apareció: su fuerza santa  
 Desarrolló de la creación la alfombra  
 Delante de su planta,

Hendió los aires, por la opaca sombra  
 Derramó su mirada omnipotente,  
 Arrancó la diadema de su frente,  
 Alzó en los aires la terrible diestra,  
 Y de la altura en la perdida zona  
 Dejó grabada su divina muestra,  
 Al sellar el cenit con su corona;  
 Y al círculo trazado  
 En la negra extensión, rasgóse el velo  
 De la cubierta oscura, y tachonado,  
 Tendió sus ondas el azul del cielo.  
 Bajó su mano el Hacedor, quebrando  
 El fondo de los antros, y mostrando  
 En los senos oscuros  
 De su eterno poder el signo escrito;  
 En hondos pliegues separó las sombras,  
 Y sus brazos gigantes  
 Cimentaron los muros  
 Que, allá en el infinito,  
 Sostienen al pesado firmamento;  
 En hojas tremolantes  
 Los mantos del abismo se rasgaron,  
 Y sus negros jirones humeantes  
 Del espacio en los límites colgaron;



Y, pesando despues sobre la cumbre  
 La voluntad de su divina Esencia,  
 Al gravitar la enorme pesadumbre  
 Sobre el revuelto cáos,  
 Quebráronse sus ejes rebatidos;  
 Tronó la Omnipotencia,  
 Gimieron los espacios comprimidos,  
 Sus torrentes los tiempos desataron,  
 En el fondo sombrío  
 Los informes abismos se cuajaron,  
 Suspiró lo profundo,  
 Y por los vastos poros del vacío,  
 Condensando las sombras, brotó el mundo.

Y dijo la Potencia soberana:  
 «Hecha sea la luz.» En el instante,  
 Con su pura mirada centellante,  
 Tiñó de roja grana  
 Y de cárdena aurora las alturas,  
 Rasgó del firmamento  
 Las bóvedas oscuras,  
 Y sus rápidas ráfagas tejieron,  
 Cruzando por el éter inflamado,  
 Áureo dosel de soles,

Que, desprendidos al azar, cayeron,  
 Bordando los espacios de arreboles;  
 Y la sombra deshecha,  
 Mostró su negra masa encadenada  
 Del abismo en los senos, y bañada  
 De lívido fulgor... La luz fué hecha.

«Haya luz...» y hubo luz. Rodó el acento,  
 Por el viento sus olas derramando,  
 Y luz do quiera derramaba el viento;  
 Y la luz, desplegando  
 Su blonda cabellera,  
 Por la extensión de la dorada esfera  
 Tendió sus ígneos y revueltos mares  
 De rojas ondas, y en su lumbre luego  
 Encendieron los altos luminaires  
 Sus fantásticas flámulas de fuego.  
 La luz reinó en el orbe; en su alegría,  
 Besó la frente pálida del día,  
 Y, con su dulce beso,  
 Al sol dejó sobre la frente impreso;  
 Lloró despues, y al enjugar el llanto  
 Con el celeste manto,  
 Grabó en él las estrellas una á una;

Y abrió, por fin, la concha de la noche,  
Desprendiendo del nácar de sus nubes  
Una perla blanquísima : la luna.

Las nubes, leve incienso  
Quemado en el inmenso  
Pebetero del mundo, desgarradas  
Por la mano del trueno,  
Y en torrentes de mares transformadas,  
Cayeron sobre el seno  
De la candente mole de granito;  
Y, á los ecos del grito  
Que allí exhalaban las hirvientes aguas,  
Temblaron en redor los horizontes,  
Hundiéronse los valles,  
Alzaronse los montes,  
Rugió, agitando en vano  
El líquido Océano  
Sus ásperas cadenas de huracanes,  
Y el fuego interno, ahogado y sorprendido  
Bajo esta red de hielo,  
Lanzó entre lava su postrer gemido,  
Elevando hasta el cielo  
La comprimida voz de los volcanes.

Sobre la faz del sólido cimiento  
Tendió la flora su pomposo encaje;  
Vistió el fauno sus galas;  
Con latido violento  
Movió la sangre el pecho de la fiera;  
El ave, suspendida en el ramaje,  
Lanzó á los aires las inquietas alas;  
Y, al estrechar la tierra placentera  
En su seno materno  
A la nueva creacion, en él mecida,  
Sintió bajo sus plantas el Eterno  
Rodar el mundo y palpitar la vida.

Llegó el último día:  
La materia, arrancada  
Por la Esencia creadora  
De las espesas garras de la nada,  
Oyó sonar la hora  
Final de la creacion, y entró humillada  
En el sagrado templo  
De las obras de Dios, que aparecía  
Con los destellos de su luz radiante,  
Y por la inmensa inmensidad flotante.

Despues, bordadas las ligeras alas  
 Con el fulgor del cielo,  
 Coronada la frente de laureles,  
 Atravesó el espíritu  
 Con silencioso vuelo  
 De la mansion augusta los dinteles,  
 E imprimió en la materia  
 Un ósculo dulcísimo. Entre tanto  
 Los orbes detenian  
 Su incontrastable curso, y conmovian  
 La cúpula del templo con su canto;  
 Oscilando, los aires elevaban  
 Sus inciensos de nubes á la altura,  
 Y los astros teñian  
 Con luz brillante y pura  
 Las cimbras del celeste monumento,  
 Y, cual gigantes lámparas, pendian  
 De la bóveda azul del firmamento.

Y materia y espíritu, enlazando  
 Sus castas frentes bajo el ancho velo  
 Que se pierde en los ámbitos del cielo,  
 Prometidos esposos,  
 Que al fin iban á unirse, se estrecharon

En abrazo de amor, y silenciosos,  
 Sobre la faz del mundo se postraron  
 Delante del altar. Mas de repente  
 Tembló la inmensidad; bramó en el cáos  
 El orbe confundido;  
 Un silencio imponente,  
 Llenando mudo la creacion entera,  
 Brotó de los profundos;  
 En su eterna carrera  
 Paráronse los mundos;  
 Heló la luz su fuego; suspendida  
 En rudo pasmo, vaciló la vida;  
 Ahogó su ronco aliento  
 El eco enorme de la voz del viento.  
 Y adelantóse Dios: su soberana  
 Diestra bajó de la azulada cumbre,  
 Cruzó rasgando la extension lejana,  
 Levantó de la esfera la techumbre,  
 Ciñó la casta sien de los esposos,  
 Unidos ante el ara en tierno abrazo  
 Con la nupcial diadema,  
 Y sobre el santo lazo  
 Dejó caer la bendicion suprema.

Inclínada la tierra aparecía  
 Ante tanta grandeza  
 En el momento aquel; naturaleza  
 Su engalanada frente  
 Con pliegues mil de oscuridad ceñía,  
 Y las sombras espesas de Occidente  
 Borraban en montón de su cabeza  
 El rojo rayo de la luz del día;  
 Los cielos coronaban las azules  
 Cimas del horizonte con sus tules  
 Flotantes y talaes,  
 Que al espacio en su círculo encerraban,  
 Y que, ceñiendo la extensión, colgaban  
 Sobre la inquieta espalda de los mares;  
 El sol, bordando el azulado techo  
 De pálidos fulgores,  
 Reclinaba sus sienes en el lecho  
 Que brindaba la noche á sus amores;  
 Y el mar, meciendo su cristal brillante,  
 Recibía anhelante,  
 Con lánguido desmayo,  
 El dulce beso de su triste rayo.  
 ¡Imágen hechicera!  
 ¡Vision majestuosa!...

Porque la tierra era  
 El dedo de la esposa,  
 El anillo nupcial era el espacio,  
 El sol era un topacio,  
 Que de la gloria el brillo  
 Dejó engarzado en el inmenso anillo.

La verdad, la virtud y la hermosura  
 En las puertas del cielo presentaron  
 Al fruto de esta unión, de gracias lleno,  
 A recibir con el bautismo un nombre;  
 Y Dios al punto le acogió en su seno.  
 Era la flor más pura  
 Del jardín de los mundos : era el hombre.